

**LA GEOLOGIA
DE LA COSTA
Y BAHIA DE CADIZ**

J. Gavala y Laborde
Cádiz, Diputación Provincial,
1992

Gracias a la colaboración establecida entre el Instituto Tecnológico Geominero de España y la Diputación Provincial de Cádiz, ha sido posible la edición en facsimil de *La Geología de la Costa y Bahía de Cádiz (memoria de la hoja geológica número 1.061) y el poema «Ora marítima» de Avieno*. Obra originalmente publicada

en el año 1959. Aunque sabemos que los conocimientos científicos avanzan, el trabajo bien realizado años atrás por multitud de científicos perdurará. Más aún cuando sus originales planteamientos han constituido un incentivo para las nuevas generaciones de investigadores.

Como indica Gavala al introducir la traducción del poema de Avieno, la región de la que se ocupa —la Bahía de Cádiz— es geológicamente muy joven. Las que ahora son dunas y esteros, no hace ni dos mil años eran aguas navegables de una de las rutas comerciales más conocidas del mundo antiguo. En un cuidado artículo publicado en 1927, en el Boletín del Instituto Geológico del que fue director, presentaba una reconstrucción de lo que fue la Bahía de Cádiz, comenzando con él una serie de publicaciones sobre la evolución de las desembocaduras de los ríos Guadalquivir y Guadalete, que finaliza con la memoria que aquí reseñamos.

Durante la realización de la carta geológica de El Asperillo tuvo conocimiento del libro «Tartessos», publicado años atrás por el alemán Adolfo Schulten. Las citas de la obra «Ora marítima» de Avieno suscitaron el interés de Gavala por conocerla completa, lo cual realizó posteriormente descubriendo numerosas incorrecciones en las traducciones disponibles. Como nos hace notar García-Loygorri en la introducción de la edición facsimil, la profundidad de enfoques y originalidad de planteamientos llevaron a Gavala a contrastar las noticias que, bajo denominaciones griegas o fenicias, facilita el poema de Avieno.

Humanista a la vez que ingeniero, y conocedor de la lengua latina a la vez que la geografía local, Gavala vislumbró la interesante posibilidad de mostrar como el litoral gaditano ha sufrido una rápida transformación, desde la época en que nos sitúa el poema clásico, hasta nuestros días. Interpretando el texto latino y considerando sus observaciones geológicas, difirió notablemente de las interpretaciones de Blázquez y Shulten, sorprendiendo al lector con un

paisaje totalmente diferente del actual, trasladándolo al mítico Tartessos, al que sitúa en la ciudad de Cádiz.

Independientemente de la certeza de alguna de sus ubicaciones históricas, y de los modernos datos aportados por los arqueólogos, el análisis realizado por Gavala cautivó y aún sigue cautivando a multitud de especialistas y profanos interesados por conocer el pasado de nuestra región. Es innegable que, como todas las ciencias, la geología y la arqueología han aportado muchos nuevos datos recientemente, pero tampoco podemos negar el valor que suponen y supondrán trabajos como el que nos ocupa, basados en ideas originales, como es la de aunar los conocimientos procedentes de fuentes históricas, con los procedentes de los estudios de geología de campo. La memoria de la hoja geológica número 1.061 de Cádiz, ha pasado a los anales de las publicaciones geológicas como un invento válido de esa conjunción entre historia y ciencia. Ha constituido y constituye una fuente de inspiración para muchos investigadores, no sólo en lo referente a su temática, sino también en lo que las ciencias de la Geología y Arqueología pueden aportar conjuntamente al conocimiento histórico.

Don Juan Gavala y Laborde, miembro de la Real Academia de Ciencias y poseedor de títulos y condecoraciones, fue ante todo un científico de espíritu inquieto, investigador incansable y un enamorado de su tierra. Desde su muerte en 1977, hasta el homenaje que le ofreció la ciudad de El Puerto de Santa María el pasado año, ha sido recordado por cuantos le conocieron, y por cuantos como yo –el que escribe– conocieron de él y de su obra a través de sus escritos. El volumen que aquí reseñamos es un facsimil del publicado en 1959, constituyendo por sí mismo un recordatorio y homenaje a la persona de tan ilustre investigador.

Hasta hace pocos años las personas que hemos trabajado e investigado sobre aspectos geológicos, geográficos o históricos de la Bahía de Cádiz, disponíamos de la memoria geológica realizada por Gavala hace ahora más de treinta años. Todos recordamos los comentarios que constantemente se realizaban sobre la urgente necesidad de disponer de una «versión» más actualizada y acorde con los modernos descubrimientos geológicos. Hoy día, cuando ya disponemos de esa moderna cartografía, seguimos recordando el trabajo de Gavala. Por su claridad de planteamientos, por su originalidad, y, en suma, porque con él fuimos muchos los que comenzamos a sentir inquietud por conocer los aspectos del pasado de nuestra tierra gaditana.

Por último, quisiera hacer notar lo cuidado de la edición, respetuosa en muchos detalles con la original. Aunque hubiera sido interesante disponer de los mapas por separado del texto, cosa que en su día era útil, actualmente carece ya de utilidad práctica, pues esta edición a diferencia de la de 1959 reposará tranquilamente en los estantes de las bibliotecas, y no saldrá «de campo».

En resumen, y sin paliativos, una publicación que constituye un hecho poco corriente hoy día, cuando se arrincona la «ciencia pasada»; una publicación que podría abrir el camino para que tantas otras obras sobre la Historia Natural de nuestra provincia—escritas en el pasado y poco conocidas por las generaciones actuales— puedan ser impresas nuevamente y difundidas en favor de la cultura, y como homenaje a sus autores.

Antonio Monclova Bohórquez

**LA COLONIZACION FENICIA
EN LA BAHIA DE CADIZ
A TRAVES DEL CASTILLO
DE DOÑA BLANCA.
EL PUERTO DE SANTA MARIA**

Diego Ruiz Mata

Proyecto 1985-1992
«Investigación Arqueológicas en Andalucía,
1985-1992».
Huelva, 1993. Págs. 489-496

«Investigaciones Arqueológicas en Andalucía. 1985-1992, ha tenido el objetivo de publicar el extracto de los resultados de todas las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en Andalucía desde la aprobación, en 1985, de las normativas que regulan las autorizaciones de proyectos arqueológicos en el marco de la Ley del Patrimonio Histórico de Andalucía. En este sentido apunta el carácter

recapitulatorio de la presente publicación, ya que constituye la suma documental e historiográfica de todas las investigaciones arqueológicas realizadas en ocho años de trabajo.

Entre los proyectos publicados se encuentra el de las excavaciones sistemáticas de la Torre de Doña Blanca, donde el autor expone de forma libre y concisa, la recapitulación de los objetivos conseguidos en sus años de actuaciones en el campo y dos de estudio de materiales en laboratorio; realización de cortes estratigráficos en diversos puntos del poblado por el conocimiento de la secuencia cultural del yacimiento, exhumación de tramos pertenecientes al

sistema defensivo, en niveles de los siglos VIII, V y III a. d. C. Excavación en la zona Sudeste con el fin de conocer las características urbanas y elementos constructivos de los momentos iniciales de la fundación fenicia, así como otras intervenciones que han permitido establecer la datación del abandono del poblado en el último decenio del siglo III a. d. C. En cuanto al conocimiento de la necrópolis, destacamos por su interés el estudio de los ritos específicos en esta zona geográfica, de los rituales funerarios del siglo VIII a. d. C. a través de las excavaciones realizadas el denominado Túmulo 1 de la Necrópolis de la Torre de Doña Blanca.

El autor resalta la importancia del poblamiento indígena, especialmente en lo que denominamos Bronce Final, ya en contacto cronológicamente con la ocupación fenicia de la zona. Igualmente plantea el problema de una supuesta diferenciación entre las colonias fenicias mediterráneas y las atlánticas, así como en la delimitación interna de un sector del poblado que denomina «barrio fenicio», atribuible según el contacto cerámico de la época arcaica de la ocupación fenicia en la Torre de Doña Blanca.

Es deseable que el contenido de esta publicación suscite los elementos que favorezcan el debate y la reflexión, y desde la perspectiva científica, su adecuación en síntesis a través de la memoria científica correspondiente.

Francisco Giles Pacheco

**LA ZONA JEREZANO
PORTUENSE Y AFRICA
A FINALES DEL CUATROCIENTOS:
UN MUNDO DE RELACIONES
E INTERCAMBIOS**

María del Carmen Borrego Plá

Actas del Congreso de Historia del Descubrimiento.
Tomo I. Año 1992. Págs. 115-165.

La zona jerezano portuense por sus especiales condiciones estratégicas y económicas representaba en época medieval un destacado papel dentro de las actividades marítimas y comerciales de la Baja Andalucía. A lo largo del cuatrocientos las costas atlánticas africanas se constituyeron en campo de

experimentación de técnicas náuticas, donde también se llevaban a cabo importantes empresas de conquista y de colonización, antecedentes de las

que, algo más tarde se darían en el Nuevo Mundo. M.^a del Carmen Borrego Plá, profesora de Historia de América de la Universidad de Sevilla e investigadora asidua de la historia de El Puerto de Santa María, en una amplia comunicación presentada al Congreso de Historia del Descubrimiento, organizado por la Real Academia de la Historia a finales de 1991, nos hace una magnífica visión de conjunto en la que nos muestra el panorama que ofrecía la zona jerezano portuense a fines de la Edad Media y en vísperas del Descubrimiento de América, recopilando datos de numerosas fuentes, algunas de ellas consideradas ya clásicas, sobre la relación de la Baja Andalucía con el continente africano.

En este estudio, dividido en seis amplios apartados la autora nos destaca la posición estratégica de Jerez y El Puerto, entre el Mediterráneo y el Atlántico, con su mirada dirigida hacia Africa, haciendo referencia a las diferentes condiciones de ambos núcleos de población: El Puerto como villa de señorío y Jerez como ciudad de realengo que, al igual que «Cádiz, era un islote en medio de una geografía profundamente señorializada», como nos dice Alfonso Franco en su trabajo «Realengo y señorío en la zona gaditano-xericiense bajo medieval».

A continuación nos enumera los productos más característicos con los que comerciaban estas ciudades y las actividades a las que se dedicaban, entre las que destaca la pesca como ocupación tradicional desde la antigüedad y en la que participaban pescadores de Cádiz y Huelva que se sentían atraídos por la riqueza pesquera de las costas africanas occidentales. Nos describe brevemente las condiciones de vida en los barcos, el cautiverio a que se veían sometidos los pescadores, los rescates y sus intercambios por esclavos berberiscos. Asimismo, nos indica la difícil situación de las costas de la Baja Andalucía, escasamente fortificadas y amenazadas por los piratas procedentes del norte de Africa, a los que ya Hipólito Sancho se había referido en su estudio sobre piratería mahometana.

Otra actividad económica a la que se alude es el comercio. El trigo, el pescado salado o en conserva, el ganado equino, etc., se exportaban a Africa. De allí se traía cuero, cera, azúcar, tintes, etc., pero eran el oro y los esclavos, procedentes la mayoría de la veces de entradas y expediciones piráticas mancomunadas entre El Puerto, Jerez y Cádiz, las más apreciadas mercancías que se importaban del continente africano y que procedían fundamentalmente de Mina de Oro, como nos indica Rumeu de Armas en su obra «Cádiz, Metrópoli del Comercio con Africa».

A continuación M. C. Borrego hace referencia a los hombres del comercio. Aparte de los jerezanos y portuenses, cuya presencia en Africa queda perfectamente constatada, también los extranjeros llevaron a cabo un activo comercio con el Africa occidental. Entre ellos podemos citar a los genoveses que crearon colonias en la zona gaditano jerezana y comerciaron con Africa donde fueron muy bien acogidos. No debemos olvidar que la villa de El Puerto fue ofrecida por el Rey Alfonso X al genovés Micer Benedetto Zaccaría, a cambio de protección de eventuales ataques norteamericanos, cuya figura ha sido estudiada recientemente por Juan José Iglesias Rodríguez. Los portuenses también intervienen en el comercio africano y colaboran con los habitantes de esta zona en la pesca, el comercio y el avituallamiento de los presidios lusitanos en Africa. Una figura muy importante en El Puerto a finales del siglo XV y a la que alude la autora de este estudio es la de Charles de Valera, muy estimado por los Reyes Católicos y que acudió en numerosas ocasiones al socorro de las plazas africanas. La amistad entre pescadores portuenses y gaditanos contribuiría a que se produjeran numerosos intercambios de informaciones que influirían más tarde en la gestación del futuro viaje del descubrimiento de América. La influencia portuguesa está presente en el área jerezano portuense. Aparecen personajes relacionados con el comercio que fundan verdaderos linajes, como es el caso de la familia Benavides, que adquiere capilla en la Iglesia Prioral de El Puerto, de Antonio Manso o de Baltasar Méndez de Siquera. Los onubenses, entre los que podemos citar a los paleños, ocupan también un lugar importante en esta comarca, participando además de en las faenas pesqueras, en la gran empresa colombina.

Las hazañas de dos personajes jerezanos: Pedro de Vera en la conquista de Las Canarias y Pedro de Estopiñán, al servicio del Duque de Medina Sidonia en la conquista de Melilla son tratadas también por M. C. Borrego, que concluye su estudio poniendo de manifiesto el olvido en que quedó Africa y todas las posibilidades que prometía tras la conquista de América la cual despertó una fascinación aún mayor que la despertada antes por el continente africano.

M. C. Borrego, de una forma atractiva, nos hace una aproximación del estado en que se hallaba el área jerezano portuense a fines del siglo XV, y aun sólo refiriéndose a los datos ya recogidos por los distintos autores a los que alude, ha ido agrupando todas esas informaciones, antes dispersas en

numerosas fuentes, dando como resultado finalmente un interesante estudio de conjunto a través del cual podemos apreciar la importancia que tuvo esta zona de la Baja Andalucía en el despegue mercantil que se avecinaba en el siglo XVI.

Ana Becerra Fabra

**LA POBLACION
DE LA PROVINCIA DE CADIZ
EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII**

Manuel Bustos Rodríguez y otros

Trocadero, 2. Cádiz, 1992. Págs. 5-71.

Resulta gratificante observar cómo en los últimos años han comenzado a proliferar los trabajos dedicados al estudio de la historia demográfica de nuestra provincia. Pero no es sólo la cantidad –señal inequívoca del creciente interés despertado por esta disciplina–, sino el

apreciable esfuerzo de los investigadores por dotar a sus trabajos de una metodología rigurosa, acorde con lo que es hoy una exigencia en el ámbito de la demografía histórica, lo que induce al optimismo.

Distintos enclaves de la provincia han sido ya objeto de análisis monográfico. Mención especial merecen, sin duda, entre ellos, los dedicados a los núcleos de la Bahía de Cádiz, cuya dinámica demográfica en los siglos XVII, XVIII y XIX ha comenzado a tomar forma con extraordinaria rapidez en los últimos años. A las diversas monografías que prueban esta notable dedicación investigadora, debemos añadir ya el buen número de trabajos en curso y las cada vez más frecuentes contribuciones parciales realizadas en el marco de nuestra Universidad. Basta echar un vistazo, por otra parte, al nutrido y rico cuerpo de las aportaciones gaditanas que se presentaron en las *Primeras Jornadas de Demografía Histórica de Andalucía*, celebradas –no por casualidad– en Cádiz a fines de 1992.

Y es precisamente en este contexto expansivo donde se explica y donde adquiere su auténtica dimensión el estudio llevado a cabo por los miembros del Grupo *Lantery*, formado por profesores e investigadores de la Universidad de Cádiz. Sin embargo, aunque inscrito en una dinámica de conjunto, el artículo que reseñamos –que recoge y amplía los contenidos de una comunicación al *Segundo Congreso de la Asociación de Demografía Históri-*

ca, celebrado en Alicante en abril de 1990—posee una nota que lo convierte en una aportación ciertamente novedosa, pues constituye el primer intento de llevar a cabo una síntesis que refleje la tendencia secular del desarrollo demográfico de toda la provincia en el periodo preestadístico. Y, aunque sólo fuese por ello, sería ya digno de mención.

Pero el trabajo del grupo que dirige el profesor Bustos posee un interés suplementario. Aunque informado por una metodología muy simple —recuentos globales para conocer la dinámica y cartas para detectar aspectos específicos—, el artículo logra aportar una reconstrucción bastante completa de las series parroquiales correspondientes a las ocho poblaciones que constituyen la muestra (Jerez, Olvera, Bornos, Chiclana, Alcalá de los Gazules, Sanlúcar de Barrameda, Conil y Gibraltar-San Roque). Si tenemos en cuenta que éstas fueron seleccionadas, a nuestro juicio con buen criterio, para que pudieran considerarse representativas de las distintas realidades comarcales que coexisten en la provincia, puede explicarse fácilmente el interés intrínseco del trabajo.

El texto se articula siguiendo el diseño habitual en el análisis de las variables demográficas y, en conjunto, de la dinámica poblacional, sin que en ningún momento se plantee la pretensión de introducirse en el estudio de las estructuras, para lo cual hubiese sido necesario trabajar con fuentes censales y padrones. No obstante, esta renuncia a llevar a cabo una reconstrucción completa del sistema demográfico provincial, y de sus posibles subsistemas, es perfectamente comprensible dada la gran diversidad tipológica y cronológica que caracteriza a esta documentación hasta mediados del siglo XIX. Es más, teniendo presente esta limitación resulta más valorable, si cabe, la coherencia y la claridad expositiva con que los autores abordan el análisis del movimiento de la población y cómo, a partir de éste, logran establecer marcos específicos donde predominan comportamientos diferenciales. Es decir, abocetan hipotéticos modelos que pudieran explicar las disparidades en el desarrollo demográfico de las distintas zonas, planteando al investigar el reto de confirmar o matizar en el futuro el cuadro propuesto a tener de los resultados ofrecidos por la historia demográfica local.

Por lo que respecta a El Puerto de Santa María, sin ser el objeto central de este estudio, es posible realizar algunas reflexiones a partir de las noticias indirectas que se aportan. El elemento quizá más destacable es la gran vitalidad de sus mecanismos reproductores, en contraste con lo que sabemos

respecto a la capital de la Bahía: así, en torno a 1787 la nupcialidad de El Puerto será la más elevada de la provincia (10,5 por mil), lo que nos explica también la alta natalidad que se constata (43,4 por mil), sólo superada por la de Conil. Junto a estos valores está una mortalidad de párvulos que, aunque característica de la época (439 por mil), se sitúa en un nivel intermedio respecto al conjunto de los municipios estudiados en el artículo.

Esta intensa vitalidad de los mecanismos biológicos será, sin duda, uno de los factores determinantes de la evolución poblacional portuense. Los autores del artículo confirman un crecimiento ininterrumpido a lo largo de todo el siglo XVII, sólo comparable por sus dimensiones relativas al experimentado por Cádiz, aunque en un contexto general en el que crecen todos los núcleos de la Bahía, al calor del tráfico colonial. Será, sin embargo, en la centuria dieciochesca cuando los progresos demográficos de El Puerto sean más perceptibles, en especial, en la segunda mitad del siglo, cuando se alcanzan los 16.427 habitantes (1787) y una densidad de 106.3 hab./km², la tercera de la provincia, por debajo sólo de Cádiz y San Fernando. Pero, por lo que se plasma en el artículo, el crecimiento no está motivado ahora exclusivamente por el empuje de los mecanismos biológicos—cuya vitalidad se contrae incluso en la segunda mitad del siglo—, sino por la notable intensidad del flujo migratorio, cuyo volumen llevaría a El Puerto a convertirse en uno de los núcleos andaluces con mayor inmigración, junto a Cádiz, San Fernando, Sanlúcar y Jerez.

Volviendo, finalmente, al trabajo en su conjunto, éste se cierra con un rico apéndice estadístico referido a los núcleos que han sido objeto de explotación directa. En las casi cuarenta páginas que ocupa, se ofrece una amplia gama de indicadores básicos, a los que se añaden las series completas de bautismos, matrimonios y defunciones de estos ocho núcleos. Como los propios autores señalan, no se trata obviamente de llevar a cabo un análisis exhaustivo de estas cifras y, menos aún, de la compleja realidad demográfica que representan, sino de establecer un punto de partida globalizador y de ofrecer una primera estimación cuantitativa que haga más accesible ulteriores estudios. Y eso, sin duda, está plenamente conseguido en este trabajo. Felicito, por ello, al Grupo *Lantery* y animo a los interesados por la investigación demográfica a continuar por este camino.

Julio Pérez Serrano

**LOS MERCADERES MALTESES
DE LA BAHÍA DE CÁDIZ
EN EL SIGLO XVIII.
LA COLONIA
DE EL PUERTO DE SANTA MARÍA**

Juan José Iglesia Rodríguez

Actas Primer Coloquio
Internacional Hispano Maltés de Historia.
Madrid, 1991

El importante papel económico de El Puerto en la bahía gaditana y su cercanía a Cádiz, enclave del comercio americano, hace que a lo largo de los siglos XVII y XVIII nuestra ciudad sea un lugar de atracción de población inmigrante, nacional y extranjera. El traslado de la Casa de la Contratación a Cádiz en 1717 no hace sino confirmar el lugar

privilegiado de El Puerto dentro del comercio transoceánico, lo que le supuso amplias perspectivas de desarrollo económico y el que numerosas colonias extranjeras fueran estableciéndose en la ciudad.

En este artículo Juan José Iglesias estudia en profundidad una de estas colonias, la Maltesa, que por sus características, muy peculiares, la diferencian de las otras extranjeras asentadas en El Puerto. Ya con anterioridad, había tratado ampliamente la población foránea en su libro *Una ciudad mercantil en el siglo XVIII: El Puerto de Santa María*.

De forma clara y muy ordenada J. J. Iglesias analiza a los malteses basándose principalmente en el contenido de las matrículas de extranjeros que se confeccionaron a finales del siglo XVIII, por la preocupación de la Corona de controlar a la población extranjera.

Muchas son las cuestiones que va tratando en su artículo: las razones de la llegada a la ciudad de los malteses, su número, actividades económico-profesionales, su situación económica y social, su grado de integración en la sociedad, niveles de analfabetismo, mentalidad religiosa..., finalizando con un apéndice en el que aparece una interesante relación de los malteses residentes en El Puerto en el siglo XVIII.

Lo primero que habría que resaltar de los malteses es que de todos los grupos extranjeros, son los que muestran mayor identidad y características propias. Según el autor «actuaron siempre con una gran uniformidad de acción, respondiendo a un perfil-tipo muy definido». La homogeneidad de su actuación también ha sido corroborada por Carmelo Vassallo en *Los Malteses en el Cádiz del siglo XVIII* (Gades, núm. 20, 1992), e incluso, en Málaga, por M.^a Begoña Villar García *Los extranjeros en Málaga en el siglo XVIII*.

Esta uniformidad se plasmará principalmente en su actividad económica, profesionalmente todos se dedicaban al comercio de productos textiles. Las características específicas de su comercio y sus repercusiones en nuestra localidad han sido tratadas por Rafael Sánchez González en *Los malteses en*

El Puerto del s. XVIII. Su pleito con los mercaderes de vareo (Revista de Historia de El Puerto, núm. 1). Los malteses tenían establecimientos de ventas al por menor, conocidos como «tiendas de mercader» o «tiendas del maltés», que se encontraban en las calles Larga y Palacios, centro mercantil de nuestra ciudad.

Otra de las características identificadoras de la colonia maltesa es que la inmigración era principalmente masculina y temporal y sus familias se quedaban en la isla de origen, con las que mantenían estrechos lazos de relación. Es de resaltar el papel de la mujer en la estructura del comercio maltés, ya que era «la fiadora de los préstamos tomados por el marido y como agente de venta de los productos adquiridos en España». Por ello cuando en 1771 la Real Orden de la Junta de Comercio y Moneda exigió a los malteses casados traer a sus mujeres en el plazo de un año, esta disposición fue mayoritariamente incumplida y a finales de siglo, el 60% de los malteses casados, lo seguían estando en la isla, donde permanecían sus esposas, y sólo muy pocos contrajeron matrimonio en El Puerto.

Este es uno de los aspectos que nos indica el menor grado de integración de los malteses en la sociedad portuense y que también manifiestan otros autores, como ya hemos dicho para poblaciones como Cádiz y Málaga. Sus continuos desplazamientos y ausencias, debido a la naturaleza de su comercio y el que su casa y familia permanecieran en la isla de Malta, nos hace poner en entredicho, su integración social plena, como tenían otras colonias extranjeras en El Puerto, a la vez que plantean al historiador grandes problemas metodológicos (Carmelo Vassallo), ya que eran personas que vivían entre España y Malta, sin olvidar los numerosos viajes por otros países.

A pesar de todo, cuando Iglesias analiza el tiempo de residencia de los malteses en El Puerto afirma que «el tiempo medio de residencia puede considerarse suficiente para una completa integración, si bien es inferior al del conjunto de los extranjeros». Es decir, que pese a sus «idas y venidas» la colonia maltesa permaneció en nuestra ciudad durante muchos años. Incluso, al autor llega a la conclusión de que El Puerto fue uno de los principales lugares de asentamiento maltés en la Península Ibérica durante el siglo XVIII.

Por último, la crisis general que se sufrió en el tránsito del siglo XVIII al XIX trajo consigo la disminución del número de extranjeros y en el censo de 1807-1808 no aparece la colonia maltesa en El Puerto. Sin duda habían sido unos extranjeros que, a pesar de proceder de una pequeña isla, estuvieron presentes en gran número aportando su peculiaridad en nuestro interesante siglo XVIII.

Isabel Pérez Sánchez

**EL COMPONENTE NAVARRO
EN LA CLASE DOMINANTE
DE EL PUERTO DE SANTA MARIA
(1675-1775)**

Jesús Manuel González Beltrán

Actas del Segundo Congreso General de Historia
de Navarra «Príncipe de Viana», 1991. Págs. 321-328

Se trata ésta de una, aunque breve, sustanciosa comunicación, en la que el profesor González Beltrán aborda, de forma bien articulada, la importancia del grupo vasco-navarro y su consolidación como elemento significativo de la clase dominante portuense en los siglos XVII y XVIII. No es éste un tema de investigación totalmente novedoso en cuanto

to a su contenido, sí en cambio, en la forma en que aquí se trata.

Sin duda es conocido el importante papel jugado por la Bahía de Cádiz en general, y por la ciudad de El Puerto en particular, en cuanto a centro de monopolio mercantil con el continente americano y quizás aún lo es más, el desempeñado a partir de 1717, año en que se produce el traslado de la Casa de Contratación de Sevilla a Cádiz. Por la misma razón, han sido ya señalados por diversos investigadores los incentivos que estas circunstancias añadieron a la zona como foco inmigratorio de población, característica que no era del todo nueva ya que, en este sentido contaba con una cierta tradición, en cuanto que se encontraba en un lugar estratégico para la navegación y el comercio como venía demostrando desde siglos atrás.

La presencia foránea en El Puerto de Santa María, tanto peninsular como extranjera, ha sido tratada muy acertadamente por otros historiadores, siendo curiosamente la última de las mencionadas, la de franceses, portugueses, italianos, ingleses, irlandeses, flamencos, alemanes, malteses, etc... diana de mayor número de investigaciones que la propiamente española. Así, por ejemplo, las páginas dedicadas por el profesor Juan José Iglesias Rodríguez en su libro *«Una ciudad mercantil en el siglo XVIII: El Puerto de Santa María»*, Sevilla, 1991 o la comunicación presentada por el mismo González Beltrán al Congreso *«Ciudad y Mar en la Edad Moderna»*, Cartagena, 1984, *«El Puerto de Santa María a fines del siglo XVIII: una visión demográfica y ocupacional según el padrón de 1771»*.

En el caso que nos ocupa, el estudio se centra exclusivamente en el grupo navarro –tradicionalmente relacionado con un periodo de nuestra ciudad, aunque por contra, poco estudiado–, vinculado mayoritariamente al tráfico mercantil y consolidado en una especie de clan que ejercería el comercio ansiando la obtención de títulos nobiliarios, muchos de los cuales fueron capaces de conseguir gracias al enriquecimiento obtenido con el comercio. Entre este interesante grupo de comerciantes, aparece un fuerte porcentaje de elementos dedicados al tráfico con América, y particularmente de

Cargadores a Indias, entre los que destacan ilustres apellidos que pertenecían a miembros de la élite local dominante: Imbluzqueta, Iribarren, Aranibar, Valdivieso, Vizarrón..., los tres últimos miembros de un mismo clan familiar. Entre éstos, familias como la de D. Juan Vizarrón Aranibar, se consideran ejemplos típicos de las dedicadas a estas tareas mercantiles.

Algunas de las características de este grupo han sido ya descubiertas por otras investigaciones –alguna tan magistral como la del profesor Iglesias Rodríguez en el libro arriba mencionado–, así las relativas a su procedencia, su actividad, su profesión como Cargadores a Indias, su papel como miembros entre la oligarquía urbana y las grandes familias locales, entre las que ellos figuran, etc. También abordan este tema D. Francisco J. Hermida Suárez, «*Presencia vasca en Andalucía*», Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, San Sebastián –Donostia, 1988, vol. XLIV, Tomo 1– 2, págs. 51-112; y D. Fernando Monguió Betcher, «*Una familia típica de Cargadores a Indias navarra. Los Vizarrón en El Puerto de Santa Marta*». Revista Hidalguía, Madrid.

El profesor González Beltrán realiza, aunque de forma concisa, una rigurosa investigación centrada exclusivamente en el componente navarro de la aristocracia local durante cien gloriosos años de esplendor económico portuense amparado en el comercio, y en los que estos importantes inmigrantes nortefños representaron un papel principal en la oligarquía local. En la actualidad la ciudad cuenta con testigos materiales de este protagonismo, como son algunas de las casas que construyeron con el producto de sus empresas.

Para enfrentarse a este grupo humano, y a falta de otras en las que apoyarse, Jesús González Beltrán se basa en fuentes parroquiales, deduciendo que la importancia de este componente navarro lo es más en calidad que en cantidad, ya que su número no supone sino un pequeño porcentaje de personas con respecto a la población propia y foránea, pero que en cambio desempeñaron un importantísimo papel en el comercio trasatlántico y tuvieron una destacada posición social.

El autor apoya el artículo en analizar las características, tanto comunes como particulares, de los miembros de este grupo, entre los que destaca un horizonte común: América. De su minucioso análisis deduce que la mayoría de ellos son visitantes pasajeros, en contra de lo que pudiéramos esperar. Rasgos comunes a todos son su religiosidad y su afán por ennoblecerse, pero sólo los enriquecidos logran experimentar un ascenso importante en el estatus social y nobiliario, para lo que no dudan en mezclarse con otros elementos locales para afianzar su posición y engrandecer su fortuna. Aunque mantienen siempre estrechas relaciones entre ellos mismos para fortalecer su propio grupo –que a veces se hacen incluso endogámicas–, ello no les priva de abrirse y adaptarse a las otras importantes piezas locales.

Es de agradecer al autor de este artículo la importante aportación informativa, clara y estructurada, en un texto nada excesivo, con el que deberá contarse en las investigaciones locales y comarcales dedicadas a esta época, tanto por el interés que aporta por su relación con la empresa mercantil americana como por el papel desempeñado por el componente navarro como hilo de una urdimbre social en la que desempeña un claro protagonismo como clase comerciante de élite; aspectos todos en los que este trabajo aporta nuevas luces.

Mercedes García Pazos

**LOKALE ELITEN,
SEIGNEURIALER ADEL UND
REFORMABSOLUTISMUS IN
SPANIEN (1760-1808).
DAS BEISPIEL NIERANDALUSIEN.**

Christian Windler

Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 1992. 578 págs.

Este primer libro de Christian Windler, joven profesor de la Universidad de Basilea (Suiza), me merecería el calificativo de sorprendente si no hubiera tenido el placer de tratar personalmente a su autor. Nos conocimos hace unos siete años en la sevillana Casa de Pilatos, adonde ambos acu-

díamos regularmente al objeto de investigar en los ricos fondos del Archivo Ducal de Medinaceli, y pronto trabamos una amistad, basada en una fructífera comunicación profesional, que se prolonga hasta hoy día. El objeto de aquellas investigaciones eran nuestras respectivas tesis doctorales, que han visto la luz en letra impresa con un solo año de diferencia.

La obra de Windler es fiel reflejo de la personalidad científica de su autor. Rigurosa, documentada, inteligente y bien construida, se trata de un auténtico trabajo de tesis, es decir, de mucho más que una mera reconstrucción positivista de hechos históricos. El alarde de reflexión crítica, la presencia de un sólido soporte teórico, respaldado en una abrumadora bibliografía, y el convincente diseño de modelos comparativos hacen de este libro un ejemplo de madurez intelectual y de buen hacer científico. Detrás se adivinan una tenaz actitud de autoexigencia; miles de horas de trabajo de archivo, biblioteca y despacho, y una seria dirección, que ha corrido a cargo del Dr. Hans R. Guggisberg, catedrático del Seminario de Historia de la Universidad de Basilea.

El objetivo del libro reseñado consiste en el estudio de las relaciones de poder, en el ámbito municipal, entre las élites locales, la aristocracia señorial y la burocracia real, en el marco del absolutismo reformista de los reinados de Carlos III y Carlos IV. En pos de este objetivo el autor ha centrado sus principales esfuerzos en el análisis de dos aspectos fundamentales del reformismo ilustrado de la segunda mitad del siglo XVIII, en su proyección local: las Sociedades Económicas y la reforma municipal de 1766. Windler se ha planteado en qué medida estas novedades tradujeron relaciones de poder preexistentes u ofrecieron alternativas de modificarlas en beneficio de una mayor capacidad de control por parte del Estado o de unas oportunidades de participación de las clases ascendentes de origen burgués. Secundariamente ha abordado también un tema difícil y complejo, no menos que sugerente, como es el de la administración de los Estados nobiliarios, tomando como ejemplo la Casa de Medinaceli, al objeto de estudiar las redes de influencia señorial a través de las relaciones políticas informales.

Para ello, la multiplicación de esfuerzos por abarcar una muestra representativa de municipios sometidos tanto a la jurisdicción realenga como a la señorial ha sido verdaderamente excepcional. El ámbito territorial que comprende la tesis abarca la Baja Andalucía, especialmente las provincias de Córdoba, Sevilla y Cádiz. La lista de archivos visitados por el autor es amplísima. Diversos archivos y bibliotecas generales (Histórico Nacional, General de Simancas, Archivo de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Biblioteca Nacional, Archivo de Campomanes, Archivo de la Real Chancillería de Granada...); archivos provinciales y diocesanos; archivos señoriales, como el Ducal de Medinaceli y el Ducal de Medina Sidonia; y multitud de archivos locales de las provincias de Cádiz (Jerez, El Puerto de Santa María, Puerto Real, Chiclana, Cádiz, Alcalá de los Gazules, Medina Sidonia), Córdoba (Aguilar de la Frontera, Cañete de las Torres, Castro del Rfo, Lucena, Montilla, Priego, Villafranca de Córdoba) y Sevilla (Aznalcázar, Carmona, Coria del Rfo, Dos Hermanas, Ecija, Mairena del Alcor, Morón de la Frontera, Osuna, Pilas, Sevilla) otorgan al trabajo una solidísima base documental. Todo ello, además, apoyado en numerosas fuentes impresas e, insisto, en una bibliografía crítica extensísima, que Windler demuestra haber manejado y dominar.

Algunos aspectos fundamentales de la tesis ahora presentada en forma de libro ya fueron expuestos por el autor en el marco de congresos científicos

celebrados en España. De los resultados de su investigación sobre las reformas de la administración señorial ya obtuvimos un adelanto mediante su comunicación al II Congreso de Historia de Andalucía celebrado en Córdoba en abril de 1991, titulada «Aristocracia y modernización administrativa. La Casa Ducal de Medinaceli en la Andalucía del siglo XVIII». En diciembre del mismo año presentó en Madrid otra interesante comunicación al Congreso Internacional sobre «La burguesía española en la Edad Moderna», bajo el título «Reformismo borbónico y formas de comunicación de las élites locales. Reflexiones metodológicas y resultados de un proyecto de investigación sobre la Baja Andalucía».

Para Windler, «las élites locales y la nobleza señorial no eran meros objetos –víctimas o beneficiarios– de la política de la Corona»; por el contrario, «desde su propia esfera de poder contribuían de manera decisiva a determinar las realidades políticas». En este sentido, el reformismo absolutista abrió ciertos canales de intervención. «Las reformas municipales y el fomento de las Sociedades Económicas por la Corona –sostiene– crearon posibilidades formales de participación y libre asociación. Prescindiendo de cualquier distinción estamental, las reformas municipales igualaron en la vida política local a nobles y plebeyos». En cualquier caso, «el ejercicio del poder seguía dependiendo fuertemente de lazos de fidelidad personal», y las posibilidades de participación política abiertas por las reformas para las clases ascendentes quedaron limitadas. En el ámbito gaditano y jerezano, dominado por una burguesía agrario-mercantil de comerciantes y cosecheros de vino, las reformas favorecieron el acceso de la burguesía (apoyada en la burocracia real) a los cuadros del poder municipal, hasta entonces monopolizado por oligarquías de regidores perpetuos. Las Sociedades Económicas contribuyeron, por su parte, a remover obstáculos estamentales. Por el contrario, en los pueblos de señorío del interior, «la menor movilidad económica, la mayor facilidad del acceso al poder político y el bloqueo menor de los cauces de ascenso estamental» determinaban menores tensiones –o al menos de otra índole– que en el ámbito burgués-mercantil entre élites oligárquicas y clases ascendentes, debido a lo cual las reformas se resuelven con «una persistencia de formas de comunicación estamentales, aunque se hayan acentuado (...) los conflictos con los señores».

En el caso concreto de El Puerto de Santa María (uno de los que ilustran

la tesis de Windler), el rígido monopolio de las regidurías derivado de la enajenación de los cargos del cabildo tras el paso de la ciudad de señorío a realengo en 1729 impuso severos límites al acceso al poder municipal para la burguesía mercantil ascendente del XVIII, mientras que la reforma municipal de 1766 abrió para ésta nuevas posibilidades de participación. Enlaza de esta manera Windler con conclusiones expuestas en mi propia tesis doctoral (conclusiones que tienen bastante que ver con el generoso intercambio de datos e ideas que mantuve con el autor de la obra que hoy reseño) y, sobre todo, con el amplio y sólido trabajo de tesis de Jesús González Beltrán sobre las reformas municipales de Carlos III en el ámbito gaditano, trabajo paralelo y complementario del de Windler.

En suma, el libro de Christian Windler constituye una seria aportación del hispanismo suizo al conocimiento de las consecuencias profundas del reformismo municipal borbónico en el plano de las relaciones locales de poder, además de una referencia en el futuro obligada para los especialistas en esta cuestión. La obra aparece acompañada de un importante aparato de mapas, cuadros y gráficos que la ilustran y completan, así como de un breve resumen en castellano de tres páginas que resulta suficiente para promover el interés por su contenido y debe animar la pronta y feliz edición completa en nuestra lengua, por la que desde aquí hacemos votos.

Juan José Iglesias Rodríguez

**BIBLIOGRAFIA Y RECUERDO
DE HIPOLITO SANCHO
DE SOPRANIS**

Fernando Toscano de Puelles

Concejalía de Cultura,
El Puerto de Santa María, 1993.

Difícil parece poderse encontrar mejor homenaje a un autor que la divulgación de las referencias de la totalidad de su producción como acaba de realizar con el historiador portuense Hipólito Sancho –cuyo centenario de su nacimiento se celebró el pasado 2 de marzo– la Concejalía de Cultura

del Ayuntamiento de nuestra ciudad al publicar la obra de Fernando Toscano de Puelles «Bibliografía y recuerdo de Hipólito Sancho de Sopranis».

Consta el libro, con el que la Concejalía de Cultura inicia una colección

titulada «Biblioteca de temas portuenses», de una primera parte biográfica, que Fernando Toscano titula «El investigador y publicista Sancho de Sopranis (Datos para el recuerdo)», y una segunda dedicada a su bibliografía, que presenta ordenada cronológicamente y en la que, además, se encuentran otros apartados de escritos de data imprecisa, póstumos, inéditos y probables, así como un índice de materias.

En los capítulos biográficos sobresales la crudeza con que Fernando Toscano aborda dos temas tan sumamente espinosos como la atribución de algunas de sus obras y las «luces y sombras» que marcaron la producción de don Hipólito. En el primero de estos capítulos llega a hacer acusaciones tan graves como que «su bondad y un cierto sino condujo a ser explotado literariamente por los que se decían sus amigos» y cita diversas obras de Morris G. Bishop, Rafael Barris, Juan de la Lastra y Fernando Monguío que califica «de inspiración, técnica, tema y hasta forma sopraniana apenas modificada», algunas de ellas denunciadas incluso por el propio Sancho.

En cuanto a las «luces y sombras» expone algunos de los errores más importantes que cometió Hipólito Sancho, señalados ya por distintos investigadores y que dan a esta biografía ese equilibrio entre admiración y crítica que señala Javier Maldonado en la «Introducción» de esta obra de Toscano.

Subraya el autor que la crítica y las sombras habían sido asumidas por Hipólito Sancho quien, cuando tenía más de sesenta años, definía su metodología orientada a «preparar materiales» para que fuera posible escribir la historia de nuestra comarca y a «evitar a nuestros sucesores en la labor las dificultades con que hemos venido tropezando, dándoles reunidos materiales cuya dispersión nos obligó a perder no poco tiempo y experimentar no leves contrariedades». Asimismo, años antes, expresaba que «desde ahora rectificamos los errores de interpretación en que podamos haber incurrido. Trabajador modesto y leal, nunca aspiramos a decir la última palabra».

Otros perfiles no menos dignos de admiración tanto de su personalidad como de su trabajo ocupan los demás capítulos de la biografía y entre otros asuntos indiscutiblemente elogiosos, zanja Toscano la cuestión tantas veces debatida del uso del «Sancho de Sopranis» y nos descubre paradójicamente a un Hipólito Sancho rebelde a cualquier disciplina o refugiado en la música como intérprete al piano de los compositores alemanes y rusos o encargado

de la discutida restauración del castillo de San Marcos porque –afirma– «para el Arte si actuaba en trabajos menos solitarios y áridos que su vocación científica».

Recoge asimismo Toscano la amistad de Hipólito Sancho con Tomás García Figueras, primero en Marruecos y después como alcalde de Jerez de la Frontera, y su influencia en la cultura de esta ciudad, especialmente a través del Instituto de Estudios Históricos Jerezanos del que se calificaba como «alma» al autor portuense; del mismo modo incluye semblanzas realizadas por Hernández Díaz y Cuenca Toribio par finalizar con los homenajes tributados en nuestra ciudad y la cesión de los derechos de propiedad intelectual por su hermana Lourdes a la Academia de Bellas Artes Santa Cecilia.

Sorprende sin embargo que la minuciosidad evidenciada por Fernando Toscano en el resto de la obra no sea aplicada igualmente a estas páginas biográficas y deje en el aire aspectos de Hipólito Sancho referidos al nombramiento como cronista oficial de nuestra ciudad o algo tan decisivo en una biografía como las circunstancias que hicieron peligrar su vida, sin que deje de sorprender menos que se tenga que recurrir al Espasa para documentar sus estudios en el colegio de los Jesuitas portuense o no se incluya entre los reconocimientos el premio de la Diputación Provincial en 1943 a su *Historia de El Puerto*.

Con todo, el eje fundamental de la obra de Toscano es la segunda parte, dedicada a la bibliografía de don Hipólito. Recoge en ella, contando sus escritos póstumos, inéditos, probables y adiciones, un total de 461 referencias bibliográficas que dicen por sí mismas no sólo de la constancia, dedicación y diversidad de temas que abordó el historiador portuense sino también del autor de la recopilación, que con esta obra ofrece la dimensión real del trabajo de Sancho de Sopranis.

Son casi 400 más los títulos que aporta Toscano en relación con los que figuran en el *Manual del Libro Hispanoamericano*, de Palau Dulcet cuyo estudio fue el tema desarrollado por Carmen Cebrián en el homenaje que rindió a Hipólito Sancho la Academia de Bellas Artes Santa Cecilia el pasado año y ello da idea de la importancia de este trabajo, a todas luces imprescindible tanto para quienes quieran acercarse a la trayectoria historiográfica de Sancho como a la historia de nuestra comarca bajo cualquier aspecto desde el que queramos estudiarla.

Completa la bibliografía un índice de materias en el que, pensando en una información de mayor eficacia, podríamos considerar que algunos títulos hubieran admitido más de una entrada y, así, valga el ejemplo de «El Puerto de Santa María», que figura con nueve referencias pero hay unos cincuenta títulos más que tratan temas portuenses y no se recogen en esta voz, por lo que cualquier búsqueda no puede darse por finalizada sin haber recorrido la totalidad de las materias.

En suma, una obra con «sombras», sin duda y entre ellas una referida a la edición ya que carece del correspondiente ISBN, especialmente significativo en una obra de estas características, pero que aporta tanta luz que cabe considerarla como el mejor homenaje que podría tributársele a quien abrió tan gran cantidad de caminos a la investigación, algunos de ellos insospechados hasta ahora, y como el mejor contenido con que podía estrenarse esta colección de temas portuenses que inicia la Concejalía de Cultural del Ayuntamiento ya que pone a disposición de todos un transcendental instrumento de trabajo.

José Ignacio Buhigas Cabrera